

Carlos Gagini

EL ERIZO

-NOVELA HISTÓRICA-

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
FERNANDO HERRERA



EUNED
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
ESTATAL
A DISTANCIA

EL
ERIZO



Encargado de la colección
Juan Durán Luzio



CARLOS GAGINI
(1865-1925)

Carlos Gagini

EL ERIZO

NOVELA HISTÓRICA

[San José de Costa Rica, 1922]

EDICIÓN, PRÓLOGO Y NOTAS
FERNANDO HERRERA



EUNED

EDITORIAL UNIVERSIDAD ESTATAL A DISTANCIA

CR863.4

G134el Gagini, Carlos, 1865-1925
El erizo. - San José, C. R. : EUNED,
2006.
72 p.

ISBN 9968-31-417-X

I. Novela costarricense. I. Herrero,
Fernando, 1956. comp. II. Título.

ISBN: 9968-31-417-X

PRIMERA EDICIÓN

Editorial Universidad Estatal a Distancia
San José, Costa Rica, 2006.

© Sobre la presente edición
Editorial Universidad Estatal a Distancia, EUNED

Diseño de cubierta:
Daniel Villalobos Gamboa
utilizando la fotografía
de una escultura
de Edgar Zúñiga, tomada
por Jorge Arroyo

Ilustración:
Franco Céspedes

Impreso en Costa Rica
Reservados todos los derechos.
Prohibida la reproducción no autorizada
por cualquier medio, mecánico o electrónico
del contenido total o parcial de esta publicación
Hecho el depósito que dicta la ley.

PRÓLOGO

Carlos Gagini pertenece a la generación de escritores precursores de la literatura costarricense nacida en la segunda mitad del siglo xix, contemporáneo de Manuel Argüello Mora, el primero de ellos, Ricardo Fernández Guardia, Manuel González Zeledón y Aquileo J. Echeverría, grupo que se ha dado en llamar del "Olimpo", en parte por su vínculo con la élite política y cultural del Estado liberal y por su tendencia académica y europeísta, que mantuvo -ha dicho el crítico Alvaro Quesada- "una posición más bien tradicional, aristocrática y conservadora en sus recursos y su lenguaje". Este grupo pequeño de literatos, no obstante, abrió el camino a las letras nacionales desde diversos géneros literarios. En el caso de Gagini empezó escribiendo versos. Es lógico que fuera incluido en la antología de poesía Lira Costarricense de Máximo Fernández, la primera obra de esta naturaleza publicada en Costa Rica en el año 1890.

lecturas costarricenses, elementos de gramática castellana y nociones de psicología para colegios de secundaria e historia. Habrá que esperar hasta la década de 1920, cuando un maduro Carlos Gagini publique sus mejores obras literarias fuera del canon del siglo decimonónico y críticas a la voz oligárquica con la que compartía intereses.

En efecto, son de esta época sus novelas El árbol enfermo (1918), La caída del águila (1920) y El Erizo, novelita histórica (así registrada), en 1922. Omito intencionalmente dentro de esta lista La Sirena (1920), porque carece de la solidez de las anteriores y porque es una distracción de aquel hombre concentrado. ¿Cómo explicar que este escritor hijo del siglo =, liberal antañón, produjera esas tres novelas críticas y serias? Entendamos que estas obras son reflejo de la madurez del autor, quien se ha puesto a tono con la literatura costarricense "de moda", la que estudia y critica la sociedad. Después de la publicación de El moto y de Hijas del campo en 1900 y de Abnegación en 1902 de Joaquín García Monge -su discípulo en el Liceo de Costa Rica-, la novela nacional abandona el costumbrismo decimonónico inaugurando otra etapa literaria, la del realismo crítico. Este discurso nuevo le permitió a otros escritores, y a él mismo, novelar en profundidad la sociedad engrosando la lista de los "realistas críticos" del siglo xx. Esto explica, además, porqué otros literatos de la generación del "Olimpo" (tradicionalistas, conservadores y europeístas) terminan escribiendo obras críticas al país y a su propia clase social. Son los casos de Claudio González Rucavado con El hijo de un gamonal (1901) y Jenaro Cardona autor de El Primo en 1905, ambos escritores retratan los vicios de la sociedad burguesa de entonces. Las novelas de Carlos Gagini están

escritas bajo ese reinado crítico burgués, mezcla de nostalgia y desencanto. Tanto que algunos elementos que aparecen en sus obras de madurez -la mujer caída asociada con la sociedad en El árbol enfermo y su prédica nacional-antiimperialista-son vistos desde la óptica de una familia hacendada o aristocrática sin la participación del pueblo. Ausencia explicable por el desdén que la oligarquía tenía hacia la voz popular.

Sorprende que El Erizo haya quedado al margen de esta etapa febril y de madurez. Podemos interpretar esta marginalidad, tal vez, porque la obra salió como apéndice a la segunda edición de El árbol enfermo, en 1922, quedando relegada por la supremacía y éxito que alcanzaría esta laureada novela crítica. No encuentro otra respuesta, porque la "novelita", como la calificó el propio escritor, posee la trama, la ambientación y el trasfondo de una buena novela histórica. Su única limitación, si puede calificarse así, es su brevedad. Pero esta característica lejos de quitarle méritos la confirma. Lo bueno -se ha dicho- si breve, dos veces bueno. Máxima que cobra actualidad en tiempos de farrago. Además nuestros escritores, antes de la generación de 1940, fueron pocos. Esa fue una tradición afincada en un estilo muy nacional, personal y de época, cuando la literatura nacional salía del capullo en que estaba envuelta.

Ahora bien: ¿Era nuevo este interés del filólogo por la historia? No. Había sido el tema de una de sus obras de teatro, El Marqués de Talamanca, en 1905. La historia lo había seducido en varias ocasiones, sobre todo en su madurez cuando parece sentar cabeza. Fruto de ese interés fue su texto Los aborígenes de Costa Rica, en 1917. Algo de histórico hay en El árbol enfermo, alusivo al gobierno de

Ascensión Esquivel en 1906, mucho de ficción histórica en La caída del águila, obras del período crítico a la oligarquía mostrándose como un antiimperialista lato. En 1920 fue nombrado Jefe de la Sección histórica de los Archivos Nacionales formando parte de varias comisiones de estudio y publicación de expedientes históricos. No sería extraño que durante este lapso el héroe nacional con su epopeya le guiñara un ojo.

La novela El Erizo recrea el episodio de la Guerra nacional en contra de los filibusteros en 1856, la crónica de esa historia, el viaje del Ejército Nacional a Santa Rosa y Rivas en Nicaragua, y el hecho personal de Juan Santamaría, la gesta del tambor de Alajuela al quemar el mesón de guerra en la localidad de Rivas. La obra arranca con los preparativos del Ejército en Alajuela el 4 de marzo de 1856. Esa ambientación es creíble y hermosa, sobre todo cuando observamos al personaje histórico Juan Santamaría en palique con su amigo Blas Ramírez, el narigudo. En medio de esa plática, el autor incorpora un personaje a quien Juan Santamaría palidece al ver. Observamos a un hombre, que más bien es mujer, que llega a su casa. El que se viste de varón era hija de un tal Pedro Monterroso, familia compuesta por dos hijos gemelos: Antonio y María, vecinos de pared en medio de la casa de su madre. El "tamborcillo" había mimado a esa niña y mostrado simpatía por ella durante los años de crianza de ambos. A la muerte inesperada de Monterroso, los gemelos fueron a vivir con una familia en San José. Pero ahora esta niña pretendía enrolarse con el ejército nacional (cuyo propósito ignoramos). Juan Santamaría, al descubrirla no sin asombro, y después de ciertas dudas (que despeja al hallar una ocasión magnífica de estar junto a ella), le

ayuda a ingresar en las filas costarricenses. Tras el recorrido de Alajuela a Puntarenas y luego al puerto de Tempisque donde debían continuar a pie hasta la ciudad de Liberia, trayecto penoso para una damisela, la expedición llegaría a la Hacienda de Santa Rosa, escenario de primera gran batalla contra los filibusteros con el triunfo de los nacionales (hecho acaecido entre el 19 y 20 de marzo). Allí Juan Santamaría, cada vez más enamorado, confiesa su amor a María. Pero ella, al parecer, había jurado amar a un hombre capaz de grandes cosas, sintiéndose atraída por el General José María Cañas, a quien había visto en casa de su padrino enamorándose perdidamente de él. Al darse cuenta el General Cañas del atrevimiento de la niña, disfrazada de soldado, y descubriendo el amor del tamborcillo por ella, le aconseja casarse con su enamorado. Pero a la escena de amor y desilusión, le sucede la batalla del 11 de abril en Rivas de Nicaragua, cuando los filibusteros asaltan la plaza atacando el Cuartel General. En medio de la refriega, Juan Santamaría quema el Mesón de Guerra en donde se había refugiado William Walker poniendo en fuga al enemigo y asegurando con su gesta e inmolación la victoria nacional. La escena última de la novela transcurre el 11 de abril de 1891, cuando se inauguró el monumento al héroe nacional. Después del acto oficial, una viejecita de luto besa el mármol del soldado que tanto la había amado y a quien ella besó en su lecho de muerte hacía treinta y cinco años.

El Erizo es una novela de gran aliento histórico. Entre las mejores dentro de un grupo importante de obras históricas escritas a lo largo de un siglo en Costa Rica, entre las que destacan Elisa Delmar y *La Trinchera* de Manuel Argüello Mora, en 1899, sobre el fusilamiento del General José

María Cañas y el desembarco de Juan Rafael Mora en la Angostura de Puntarenas, ambos héroes de la guerra contra los filibusteros, El delfín de Corubici de Anastasio Alfaro, visión de Nicoya antes de la Conquista, en 1923, El crimen de Alberto Lobo en 1928 de Gonzalo Chacón Trejos, sobre la dictadura de los Tinoco en Costa Rica (publicada originalmente con el seudónimo de Lorenzo Jiménez), y las de María Fernández Zulai y Yonta en 1945, novelas sobre nuestras culturas indígenas, para citar las más destacadas. De todas ellas a El Erizo le competiría cierta supremacía: no le sobra ni la falta nada. No obstante el criterio del historiador de nuestra literatura Abelardo Bonilla sobre el novelista: "Gagini no consiguió penetrar ni en el ambiente ni en el lenguaje nacionales y se limita a descripciones objetivas, algunas muy acertadas, en un lenguaje claro y equilibrado". Esto último, las representaciones reales y casi cinematográficas, reluce como gema en esta novela. En cuanto a lo primero, la apreciación del historiador es válida para toda su obra, excepto para El Erizo. Aquí Carlos Gagini -un nacionalista a medias, según dije- logra conjugar ambiente nacional y lenguaje popular; algo que no había concretado antes resolviendo con creces su propia contradicción.

La obra contiene trazos narrativos de vigor épico; logra reproducir también el estilo de vida decimonónico, costumbres, hábitos, al lado de una descripción valiosa de las comidas de esa época. ¿Cuándo escribió Carlos Gagini esta corta novela? Son pocas las personas, los críticos y los estudiosos que la citan. Y menos aún quienes le dan alguna importancia. Creo, firmemente, que data del período de madurez, en los años 1920. Por eso el autor la incluye en la segunda edición de El árbol enfermo en 1922. Ignoro si la crítica la recibió

bien y si hubo comentarios. Estoy inclinado a pensar que careció del favor de los lectores. En esos años la gesta del tamborcillo de Alajuela había pasado de la memoria al olvido, o al cuasi-olvido, algo nada extraño en un país de desmemoriados. En esa época eran otras las pasiones del costarricense, la política o la intriga de partidos, el voto femenino, algo que asustaba a los políticos tradicionales, la candidatura de Ricardo Jiménez, otra vez, y las pequeñeces de barrio. Aquella novela histórica no tuvo su momento histórico. Ni la muerte del autor en 1925 desempolvó el texto.

Esta edición reproduce la publicada en 1922 en la segunda edición de El árbol enfermo, aumentada con una reseña biográfica y otras obras del autor. El Erizo es -a nuestro juicio- la mejor novela histórica de Costa Rica escrita en la primera mitad del siglo XX. Logró el autor recrear con sobriedad la gesta del pueblo costarricense contra los filibusteros; una historia sin la cual es difícil explicar nuestra nacionalidad. El triunfo de los nacionales frente a los invasores fue rotundo y sirvió, dice el narrador, para "salvar la libertad de todo un continente y el porvenir de una raza". Esta es la lección que deja la epopeya, a pesar de la procaz decisión del Presidente Abel Pacheco al respaldar recientemente a los yanquis. Además, su reedición es oportuna para compensar en algo la ingratitud que mostramos hacia este pionero de las letras nacionales. No hagamos eco de*

* Al apoyar la invasión de Estados Unidos a Iraq, el 20 de marzo del 2003, el gobernante ha tirado por la borda la gesta del *Erizo* en cuya memoria vivimos los costarricenses libres. El Defensor de los Habitantes, José Manuel Echandi, le dio cinco días para retirar ese apoyo y sacar a Costa Rica de la lista de países que respaldaban la guerra conocida como la de la desvergüenza; cinismo de él, porque la mayoría de los costarricenses la condenamos.

Y

esa malsana actitud costarricense, hoy casi universal, que dolorosamente describió el biógrafo Carlos Jinesta a la muerte del escritor: "Seguirán pasando a la otra ribera los benefactores de sociedades y juventudes, si no en volandas de soledad y silencio, sí escasamente llorados por sus contemporáneos, mientras la justicia, ¡ya tarde!, ¡a menudo póstuma!, trompetea méritos y excelencias de los que duermen en tumbas mezclados con polvo y gloria, con ceniza e inmortalidad"*.

FERNANDO HERRERA,

Moravia, a 7 de junio del 2003

* Carlos Jinesta, *Carlos Gagini. Vida y obras*, San José, Librería e Imprenta Lehmann, 1936, p. 3.

EL
ERIZO

CRITERIO

DE ESTA EDICIÓN

La presente obra de *El Erizo* (Novela histórica) reproduce la publicada en el año 1922, primera impresión, que apareció dentro de la segunda edición de *El árbol enfermo*, editada en San José, Costa Rica, por Trejos Hermanos, Editores. Sólo en pocos casos he enmendado la ortografía: biscocho por bizcocho / foragido por forajido. He corregido la numeración del capítulo VI que se repite dos veces siendo lo correcto en el último el VII; además del subtítulo que en el original era "novelita histórica", por el de "novela histórica". Considero que el diminutivo empequeñece la obra.

I

No recordaban los sencillos y laboriosos moradores de Alajuela animación semejante a la que turbaba el habitual silencio de su vetusta ciudad en la mañana del 4 de marzo de 1856.

Por las calles empedradas con desiguales guijarros, discurría el más heterogéneo y abigarrado gentío, hablando a gritos, gesticulando, riendo o cantando; y hasta los perros, excitados por la algarabía de sus amos y los toques de corneta, tomaban parte en el concierto con sonoros ladridos.

Por todas partes se veían las faldas chillonas y las níveas chambras guarnecidas de lentejuelas de las mujeres del pueblo que vendían café, bizcocho y frutas, detenían a los soldados para prenderles al pecho el escapulario que había de librarlos de las

balas, o comadreaban con las vecinas que en el portal de sus casas arreglaban la maleta del hijo o del esposo que iban a partir para la guerra; los chiquillos se colaban por todas partes a trueque de recibir uno que otro pescozón de las personas mayores; los aguadores pasaban a duras penas con sus carretas, gritando: «¡agua de la Maravilla! "; en el corredor del cuartel algunos soldados limpiaban sus armas, mientras otros enseñaban a los campesinos recién alistados el manejo del fusil de chispa, máquina que tocaban con supersticioso temor; pero el principal torrente humano se dirigía a la calle del Arroyo, que -hasta el lugar en donde empalma con la carretera de San José- estaba de trecho en trecho adornada con arcos de *uruca*, tallos de plátano y flores de *pastora*.

¿Qué acontecimiento sacaba así de sus casas y de sus casillas a los honrados alajuelenses?

¿Quién iba a pasar debajo de aquellos arcos triunfales, erigidos espontáneamente por el entusiasmo popular?

-¡Capitán! -gritó, dirigiéndose a un oficial que se paseaba por la acera de la plaza, un viejo y robusto labriego cuyo traje empolvado y las espuelas que aún lucía en sus talones descalzos revelaban que venía de muy lejos: -¿es verdá que ya los yanques pasaron la frontera?

-No se sabe de seguro, contestó el interpelado; pero es probable que a estas horas hayan invadido la provincia de Guanacaste.

-¿Y don Juanito qué ha hecho?

-¡Qué! ¿No ha leído usted la hermosa proclama que publicó hace cuatro días?

-¿Qué voy a leer, si estaba metido en mi finquita de San Carlos a veinte leguas de aquí?

-Pues sí -prosiguió el oficial- el señor Presidente ha llamado a todos los costarricenses a las armas y hoy pasarán por aquí al mando de su hermano el general don José Joaquín Mora, los dos mil quinientos hombres que forman la vanguardia y van a embarcarse en Puntarenas. Después partirá don Juanito con el grueso del ejército.

-*Pos* yo a la primera bulla que llegó a San Carlos, monté a caballo y me vine pa *presentame* al cuartel. ¡Qué demontres, *tuavía* puede uno servir, pa algo, cuantimás que yo estoy acostumbrao a manijar el chopo;. y venao al que yo lo pongo el ojo es venao muerto!

-Bueno, vaya a presentarse al comandante -añadió el capitán, volviéndole la espalda para librarse de su importuna charla.

El viejo se alejó dando *vivas* a Costa Rica y a su Presidente don Juan Rafael Mora, y atronando las calles con el estentóreo *¡huipipí!*, grito peculiar del montañés costarricense.

En una esquina de la plaza, en un tenducho improvisado con una mesa paticoja y un tejadillo de estera sustentado por cuatro estacas, una mujer cincuentona, de robustos y blancos molledos, servía a varios soldados un desayuno consistente en un regular jarro de café, media docena de empanadas y rosquetes y una rebanada de queso de Bagaces, alternando esta operación con la de lavotear las vasijas en un barreño de agua no muy limpia y la de ir echando en una mochila de piel sin curtir los reales que sucesivamente le iban pagando los hijos de Marte.

Distinguíase entre éstos un mocetón como de veintisiete años, moreno y musculoso, de nariz gruesa, y algo remangada, ojos pequeños y vivos y ensortijados y negrísimos cabellos. A su lado, en el cajón de pino que le servía de asiento, tomaba a grandes sorbos su pocillo de café otro mozo, de fisonomía bonachona y risueña, blanco y narigudo, que entre trago y trago miraba de reojo a su silencioso compañero con expresión mixta de cariño y de respeto.

-Vos también salís hoy con la tropa, *Erizo*? -preguntó uno de los soldados al joven moreno.

-Sí, y también Blas -contestó el mozo señalando a su narigudo camarada; pero nuestra compañía se quedará en Liberia con la retaguardia que manda el general Cañas.

|Quién sabe, Juan! -replicó Blas melancólicamente-. Ayer le rogué al comandante que me deje aquí en la guarnición, porque yo no sé cargar un fusil ni en mi vida he disparao un tiro.

-Pos que te enseñe tu amigo, Santamaría: Juan ha servío en el cuartel y ha *blanqueao* muchas veces.

-¿Pa qué querés fusil, Blas? Cuando asomés esa nariz van a salir *juyendo* todos los yanques -dijo el otro soldado.

Después de dirigir algunas pullas al recluta, los soldados se alejaron. Los dos amigos quedaron solos y precisamente cuando terminado su frugal desayuno iban a pagar a la tendera, resonaron alegres [toques. de](#) clarín; repicaron las campanas de la Parroquia y el prolongado clamor de la muchedumbre contestó al estallido de los cohetes. Las tropas de la capital estaban entrando ya en Alajuela.

II

Por entre dos vallas humanas de las cuales surgían millares de brazos que agitaban sombreros y pañuelos; bajo la lluvia de flores que les arrojaban las mujeres; envueltos en una nube de polvo calcinado por el ardiente sol de Marzo, avanzaban los valientes defensores de la patria, con el pesado fusil al hombro, al cinto el largo cuchillo que parece formar parte integrante de la indumentaria campesina, el morral a la espalda, uniformes azules de mezclilla, sombrero de palma con ancha cinta roja, y por calzado sandalias *o caites* de vaqueta cuyo chasquido resonaba en el empedrado como una interminable lluvia de nueces. Desfilaban por cuartas, gallardos, risueños, precedidos de una banda de tambores y cornetas, detrás de la cual se erguía la arrogante figura del general don José Joaquín Mora, montado en fogoso corcel blanco y rodeado de su Estado Mayor.

Allá van desfilando compañía tras compañía los aldeanos de ayer, los improvisados guerreros de hoy, a morir por defender su independencia, su religión y suelo: allá va ese puñado de oscuros montañeses a librar de la dominación extranjera su tierra, sin sospechar que el Destino les reserva, quizás una misión más alta, la de salvar la libertad de

todo un continente y el porvenir de una raza. Porque una vez dueños los norteamericanos de la América Central ¿no les habría sido posible absorber una tras otra las demás repúblicas de habla castellana?

El diminuto y bisoño ejército que el 4 de marzo desfiló por las calles de Alajuela ¿no fue el grano de arena que la Providencia colocó bajo las ruedas del carro del conquistador para volcarlo?

Las tropas se encaminaron a la plaza y en el atrio de la Parroquia celebró el cura la misa campaña y dio su bendición al ejército. Concedióse luego una hora de asueto a los soldados para que tomasen algún refrigerio y paseasen por la ciudad y los oficiales fueron agasajados en el cuartel por sus compañeros de armas.

Juan Santamaría y su inseparable amigo Blas departieron buen rato con sus conocidos de la capital y para descansar del bullicio y trajín tomaron por la calle de la Agonía en donde eran raros los transeúntes. Otro deseo más vehemente guiaba a Juan hacia aquel barrio: el de despedirse otra vez de su anciana madre que habitaba por aquel lado, en las afueras de la ciudad.

Cuando se acercaron al extremo de la calle vieron que delante de ellos caminaba un soldado a quien

observaron con extrañeza. Lo que llamaba su atención no era la particularidad de llevar a la cintura, en vez del cuchillo que usaba todo el ejército, la bayoneta triangular; ni tampoco la pequeñez de su pie bien calzado ni las elegantes proporciones de su cuerpo, sino cierto andar, ciertos movimientos parecidos a los de una persona aprisionada en un traje que no ha sido cortado para ella.

El desconocido se detuvo en la esquina como para orientarse y al ruido de las pisadas volvió el rostro hacia los dos amigos.

Juan palideció, retrocedió algunos pasos como quien topa con un fantasma; y su compañero se quedó como aletado, con la boca y los ojos muy abiertos. El soldado se llevó un dedo a los labios y con la imperiosa mirada más que con el gesto les ordenó que callasen; luego prosiguió su marcha, seguido de los dos amigos, que no volvían en sí de su estupefacción.

Era un joven realmente hermoso, imberbe y sonrosado, boca breve y ojos pardos resplandecientes. Había en su porte esa distinción que a primera vista denuncia a la persona que "se ha criado entre la "gente", como dice gráficamente el pueblo.

Al llegar a la ruinoso casita de Juan Santamaría penetró en su sala sin llamar. Una anciana que

dormitaba y rezaba en un rincón levantó la cabeza al oír pronunciar su nombre; pero al fijarse en el rostro del intruso se puso de pies y dejando caer el rosario que tenía entre los dedos, exclamó jubilosa y asombrada: "¡María!"

III

En aquel silencioso barrio de Alajuela había nacido y criándose Juan Santamaría. Su madre, desamparada y achacosa, trabajaba como podía para mantenerle y mantenerse, ya fabricando rosquetes de los famosos de aquella ciudad, ya lavando la ropa de algunas familias conocidas o yendo en el verano a "coger café" en las haciendas del Llano.

Ayudábala Juan en todos estos menesteres y así desde muy niño se acostumbró al trabajo de tal suerte que a los catorce años era él quien afanaba casi todas las pesetas que entraban por aquella desvencijada puerta. Adoraba a su madre: si enferma, no se separaba de su lecho; si triste, la acariciaba y consolaba; para ella eran las golosinas que le regalaba el coronel don Juan Alfaro Ruiz cuando iba a su casa a dejar la ropa limpia, y las mejores frutas que le permitían coger en las haciendas en donde trabajaba. Había, sin embargo,

otra personita que compartía, con la buena mujer el cariño del muchacho.

Pared en medio habitaba don Pedro Monterroso, en otro tiempo dueño de un cafetal que por reveses de fortuna tuvo que vender, quedándose por único haber la casita de la Agonía, en donde luchaba a brazo partido con la pobreza. Había el señor Monterroso hecho algunos estudios en Guatemala, sin coronar ninguna carrera; y habiéndose casado a su regreso cuando parecía sonreírle la fortuna, tuvo la desgracia de perder dos años después su esposa, que murió al dar a luz dos preciosos gemelos, precisamente en los días en que sobrevino la ruina.

¡Encantadoras criaturas! El triste viudo, padre y madre a la vez, pasó indecibles penas para alimentar, vestir y cuidar aquellos angelitos. ¿Cómo dejarlos solos para salir él a proporcionarse algunos reales trabajando? No tuvo más recurso que solicitar la cooperación de su vecina. De este modo Juan, que contaba siete años más que los huerfanitos, creció en su compañía, considerándolos casi como hermanos menores.

Llamábanse Antonio y María. *El*, de carácter algo duro, violento y no muy expansivo: *ella* traviesa, jovial, inteligente y sensible; pero físicamente

tan parecidos, que sólo era fácil distinguirlos por el traje.

Desde que María cumplió dos años, Juan mostró hacia ella marcada predilección: él la paseaba en brazos o en una carreta que le había improvisado con la tapa de un baúl viejo: era él quien le daba el alimento, quien acallaba su llanto, quien la enseñaba a balbucear palabras nuevas; y una inefable satisfacción inundaba la cara del muchacho cuando la chiquilla le tendía los bracitos, haciendo pucheros si tardaba en alzarla.

Cuando ya tuvieron edad para comenzar los estudios, resolvió don Pedro encargarse él mismo de los tres niños, pues Juan estaba en punto de letras a la misma altura que los gemelos. Comenzaron las lecciones por las tardes y en pocas semanas la despierta chiquilla leía con alguna soltura y dibujaba casi todos los caracteres del alfabeto, en tanto que el pobre Juan se desesperaba ante el ejército de sílabas que no acertaba a pronunciar correctamente y ante la torpeza de sus dedos que rasgaban con la pluma el papel al trazar los palotes.

Aunque en trances apurados se había deshecho don Pedro de la mayor parte de sus libros, logró salvar algunos del naufragio, particularmente varias obras de historia, dos o tres tomos de poesías y media docena de novelas selectas. Esta exigua

biblioteca, que María leyó y releyó hasta aprenderse de memoria muchas páginas, fue la única fuente de su ciencia, en la cual no bebieron sus dos condiscípulos; el uno porque prefería pasar las horas soñando bajo el naranjo del patio, y el otro porque a pesar de su empeño no conseguía desenmarañar los pensamientos de aquellos endiablados autores.

A los trece años era María Monterroso una señorita hecha y derecha, tan bella como hacendosa y discreta.

Ocurrió entonces un fenómeno extraño. Juan, que era un zagalón de veinte, se sintió de pronto sobrecogido en presencia de aquella garrida moza a quien él había servido de niñera: dejó de tutearla, reemplazando el familiar *vos* con un tímido *ustedé*, y *no* se atrevía a bromear con ella como antaño, aunque María continuaba tratándole con la confianza y cariño de siempre. Sólo en una ocasión en que después de largo silencio sorprendió ella a Juan contemplándola en actitud extática, se puso colorada y salió del cuarto con un pretexto cualquiera. Aquella noche Juan no pegó los ojos; al amanecer, cuando salió de su trabajo, se golpeó la cabeza con los puños, se enjugó con la manga de la chaqueta una lágrima y murmuró: "¡Sí! estoy loco!"

Una súbita claridad había penetrado en aquel rudo cerebro. Estaba perdidamente enamorado. Durante dos años más continuó la intimidad de ambas familias, aunque la cortedad de Juan iba en aumento, cohibido sin duda por la superioridad intelectual de la joven: su corazón padecía indecible tortura con la idea de que María jamás podría amarle ni mucho menos concederle su mano. ¿Sospechaba ella la pasión de que era objeto? Tales secretos nunca se escapan a la perspicacia femenina ¿Le amaba? Difícil sería asegurarlo, pues el alma de la mujer es un libro indescifrable.

Una espantosa catástrofe sobrevino de improviso cuando los gemelos frisaban ya en los quince. Don Pedro Monterroso murió después de corta enfermedad y su última disposición fue que sus hijos vendiesen la casuca y se trasladasen a la capital, en donde se encargaría de ellos su padrino el excelente caballero don Manuel Gutiérrez, pariente cercano del Presidente de la República.

¡Pobre Juan! Su encantadora vecina se llevó consigo toda la luz, toda la alegría, toda la felicidad del enamorado mozo. Para él no hubo ya trabajo, ni alimento, ni sueño: un cansancio invencible hacia caer las herramientas de sus manos, se levantaba de la mesa sin probar bocado y de noche no conseguía pegar los ojos, preñados de lágrimas. Su

única ilusión era ir cada domingo a San José a visitar a Antonio y María, quienes le acogían siempre con cordial afecto; pero este consuelo que le confortó por espacio de cinco años, se convirtió poco a poco en tormento, porque cada semana que pasaba parecía ahondar el abismo que le separaba de su amada. En efecto, María se había adaptado en poco tiempo a las costumbres de la capital y afinándose con el trato de la gente educada: se había convertido en una señorita, mientras él, el trabajador Santamaría, continuaba siendo un palurdo.

Había adquirido la casa del señor Monterroso un viejo campesino, cuyo hijo mayor, Blas Ramírez, joven honradote e ingenuo, trabó estrecha amistad con Juan, a quien respetaba y quería entrañablemente, dejándose dirigir y aconsejar por él. El Erizo le confió su secreto y aún le llevó varias veces a visitar a su dulcinea. Un mes antes de estallar la guerra no pudo Santamaría realizar sus excursiones dominicales, retenido por el servicio militar como la mayor parte de los jóvenes alajuelenses.

¿Cuál no sería, pues, su sorpresa, su emoción, su pasmo, al cerciorarse de que aquel recluta que estaba abrazando a su madre era nada menos que la señora de sus pensamientos y de su vida?

IV

Juan y su amigo, con la lengua pegada al paladar, estrecharon la mano que les tendía la joven ruborizada y sonriente.

-¡Pero qué es eso, muchacha! ¿Te *habís* vuelto loca? -dijo la anciana, aún no repuesta de su asombro.

-¿Quién sabe, mamita? -replicó jovialmente María. Luego formalizándose y con un dejo de tristeza en la voz, añadió:

-Como ustedes son mi única familia, voy a contarles lo que pasa, en la seguridad de que aprobarán mi conducta. Hace un mes que mi hermano Antonio partió para Panamá sin avisar a nadie, dejándome un papel en que me decía que iba a probar fortuna y que no volvería sino rico. Don Manuel y su señora no pueden ser mejores conmigo; mas no por eso dejo de ser una carga para ellos desde que se concluyó el poco dinero de la venta de la casita. Este pensamiento y el de que mi hermano había desertado en el momento en que todos los costarricenses deben acudir a defender la patria, me sugirieron la idea de hacerme pasar por Antonio -a quien habían ido a buscar del cuartel- y ayer tomé sus papeles y su vestido y me enganché como soldado. En San José nadie me conoce,

pues casi, nunca salgo; aquí hace cinco años que no vengo, de manera que no corro peligro de ser descubierta. Dejé a mi padrino una carta en que le decía que iba a Panamá a reunirme con mi hermano. ¡Cuánto he sentido tener que engañar a una familia tan buena!

-¡Pero eso no puede ser, María! -exclamó Juan con vehemencia. ¡Usted ir a pie hasta la frontera!

-Soy fuerte ¿no ves que hoy he andado cuatro leguas a pie y estoy dispuesta a caminar esta tarde otras cuatro?

-¡Y las penalidades que pasa el soldado, y los peligros! ¡Exponerse usted a que la hiera una bala!... ¡Oh! no, no! -dijo horrorizado al pensar que su amada pudiese ser herida, acaso muerta.

-¡Trabajos! Los he pasado desde que nací. En cuanto a morir, tanto riesgo corre uno en su casita como en el campo de batalla.

-Mirá, Juan -dijo la anciana medio en broma, medio en serio: andá al cuartel y decile al coronel Alfaro lo que pasa pa que no deje ir a esta loquilla.

-Juan no hará eso, estoy segura; si me impidiera ir a la guerra, no volvería a hablarle en mi vida.

Santamaría palideció al escuchar la amenaza y movió negativamente la cabeza. Una especie de

luz celeste había inundado su alma. ¿No le estaba brindando la Providencia con la felicidad soñada durante tantos años? Aquella hermosa niña de quien se creía ya separado por un abismo insalvable, estaba allí a su lado, en su casa, dispuesta a compartir con él las fatigas y peligros de una larga campaña. El sería su único amigo, su protector y... ¿quién sabe? Una idea, una deliciosa sospecha daba vueltas hacía rato en su cerebro, cosquilleándole las más delicadas fibras de su corazón. ¿Qué movía a aquella delicada virgencita a tomar tan extraña resolución, puesto que en su apacible existencia no había experimentado ninguno de esos desesperantes dolores que trastornan por completo su curso? A esa edad únicamente una fuerza es capaz de producir tales cataclismos: el amor.

¿Acaso María...? Juan no se atrevió a formularse la pregunta. ¿A él? Sería demasiada felicidad. ¿A otro? Temblaba de rabia sólo al pensarlo.

De pronto se levantó con el rostro iluminado por súbita inspiración y dijo:

-María, como Antonio nació en Alajuela, voy a hablar con el coronel pa que usted sea agregada a mi compañía. Así iremos los tres juntos: digo si usted quiere.

-¡Ya lo creo! ¿Qué más podría yo desear que tener a mi lado tan buenos amigos?

Pero ya nos llaman -añadió María, oyendo los toques de corneta-. Vamos.

La despedida fue cariñosa; la anciana con valor espartano, no derramó una lágrima al abrazar por última vez a su hijo y pronunció con firmeza estas palabras:

-Portate como hombre: si sos cobarde no volverés a verme, porque me moriré de vergüenza.

V

Todo salió a pedir de boca. El coronel Alfaró Ruíz, accediendo a la solicitud de su protegido; hizo que el supuesto Antonio ingresase en el batallón de Alajuela que iba a ponerse en Liberia a las órdenes del general Cañas, jefe de la retaguardia. Para colmo de ventura la compañía de que formaban parte los tres amigos fue encargada de custodiar un convoy de más de doscientas carretas cargadas de pertrechos y provisiones, feliz circunstancia que permitió a los soldados subir por turnos sobre los vehículos, librándose así del cansancio de la marcha, aunque no del polvo, que en esa época

forma en los caminos una capa de varias pulgadas de espesor.

Ingeniase Juan de modo que María pudo hacer casi todo el viaje cómodamente sentada sobre los fardos, mientras él marchaba a pie detrás de la carreta, sin separarse de ella un momento, como temeroso de que le robasen su tesoro.

Y Juan soñaba, soñaba. En alas de la imaginación se remontaba a los años de la niñez y se veía paseando en brazos o en una carretilla improvisada con la tapa de un baúl viejo a una preciosa chiquitina que tendía hacia él sus manecitas. Recordaba uno por uno los sucesos de la infancia, los juegos y excursiones, sus estudios, la súbita transformación de la niña en mujer, la separación... Ahora aquel tesoro que creía haber perdido para siempre, estaba allí a su lado, puesto bajo su custodia; y el enamorado Santamaría rogaba a Dios desde lo más hondo de su corazón que aquel viaje no se acabase nunca, que aquella campaña durase eternamente.

En los pueblos de Atenas, San Mateo y Esparza, en donde pernoctaron sucesivamente, fueron recibidas las tropas con palmas y vítores, y con algo más sustancioso: con verdaderos banquetes ofrecidos por el vecindario.

En el Estero de Puntarenas aguardaba al ejército una flotilla de veleros y lanchones para transportarlo a los puertos del Tempisque, desde donde debía continuar a pie hasta la ciudad de Liberia, capital de la provincia de Guanacaste.

No tiene una madre más cuidados para su pequeño que los que prodigó Juan a su linda compañera durante todo el viaje. Apenas anochece la obligaba a abrigarse con su manta y por la mañana le llevaba él mismo el jarro de café, acompañado de alguna golosina de las que había puesto en su morral su buena madre o de las que compraba en los ventorrillos del camino.

María se mostraba muy agradecida a sus obsequios y a los del narigudo Blas: mas a ratos parecía abstraída en profundas meditaciones que desatnaban al enamorado Juan, quien habría dado gustoso dos dedos de la mano por adivinar la causa que las motivaba.

En las charlas con que distraían la monotonía del camino, la joven les refirió su vida en casa de don Manuel Gutiérrez. Al amanecer iba diariamente a oír misa con la familia; ayudaba luego en los quehaceres domésticos; después cosía, leía, bordaba o aprendía a hacer otros primores de aguja y de cocina; por la tarde corto paseo y nueva visita a la Catedral para rezar el rosario, y por las noches un

rato de tertulia en la sala cuando la familia estaba sola, porque si llegaban visitas las muchachas debían retirarse a sus habitaciones. Como la de María daba a la sala, al través de la puerta entornada pudo conocer sin ser vista a muchas de las personas más conspicuas de la capital, porque en aquella casa se reunían las más noches a jugar a los naipes el Presidente don Juanito, su hermano don José Joaquín, don José Antonio Chamorro y el general Cañas. ¡Con qué entusiasmo hablaba de éste último María! Cañas tenía de los héroes de la antigüedad el valor sereno, el corazón magnánimo y la mirada que subyuga: era el ídolo del pueblo costarricense y cuando cuatro años más tarde cayó fulminado por las balas de los mismos a quienes ayudó a libertar del filibustero, los soldados lloraban al cumplir la inicua sentencia. Repetíanse de boca en boca sus rasgos generosos, sus chispeantes ocurrencias y más discretamente sus aventuras amorosas; porque el famoso guerrero tenía cierto "gancho", para las mujeres, y más de una perdió el seso por él, sin preocuparse de su condición de hombre casado.

Como María no conocía el mar, la vista del océano provocó en ella una emoción indescriptible; pero su entusiasmo subió de punto cuando sentada en el banco de una goleta comenzó a navegar por el

golfo de Nicoya, sembrado de pintorescas islas que se van escorzando a los ojos del viajero, con sus crestas coronadas de bosques y sus rocas matizadas de tonos amarillos y rojizos.

Luego el anchuroso Tempisque, cuyas orillas desaparecen bajo el ramaje de los árboles que sobre ellas se inclinan; los islotes en cuya arena se asolean inmóviles como troncos secos, centenares de caimanes enormes: y por último el puerto, desde donde debían las tropas proseguir a pie su jornada hasta la ciudad de Liberia.

¡Cuán dura pareció esta segunda parte de la marcha a la delicada María! No había allí carretas en que poder subir, porque no habiendo llegado todavía la impedimenta, todos los transportes se habían quedado en el puerto para recibirla.

Una carretera interminable, blanquizca, cuyo reflejo abrasaba las pupilas; una polvareda finísima que penetraba hasta los pulmones, dificultando la respiración; caudalosos ríos que vadear; pendientes que subir; todo lo sufrió valerosamente al principio María; mas al fin de la primera jornada se sintió tan desfallecida -no obstante que sus amigos la habían aliviado del peso del morral y de las armas- que acaso no habría podido seguir adelante si Juan no hubiese alquilado a un campesino un caballo,

1

dando por él los últimos reales de su no muy bien provisto bolsillo.

A la entrada de la ciudad aguardaba al ejército el general Cañas, a caballo, acompañado únicamente de sus edecanes, saludando con el sombrero a los soldados que le aclamaban frenéticamente.

Cuando pasaban enfrente de él observó Juan que María estaba trémula y densamente pálida.

-¿Se siente usted mal? -le preguntó solícito.

-Sí, respondió ella; pero ya vamos a llegar al alojamiento. Allí descansaré.

Los acontecimientos se precipitaban. El 11 de Marzo el Gobierno de Nicaragua declaró la guerra a Costa Rica. El 12 se embarcó en Puntarenas con su Estado Mayor el Presidente Mora para reunirse en Liberia con el grueso del ejército; y el 20 se puso en marcha la vanguardia, para rechazar al invasor que se acercaba; dejando en la ciudad el batallón de Alajuela que iba a formar parte de la retaguardia.

Había empezado el primer acto del drama.

sa y los establos, desde donde dirigían sobre los costarricenses un fuego tan nutrido como certero, pues además de poseer superior armamento, eran en su mayoría admirables tiradores. Los dos únicos cañones que llevaba la vanguardia fueron asettados contra la fortaleza; pero sin esperar sus efectos, los soldados del general Mora, exasperados por la muerte de algunos de sus jefes más queridos, abandonaron los fusiles que no sabían manejar, y empuñando sus temibles cuchillos, asaltaron por todas partes la posición y se adueñaron de ella en pocos minutos. Por desgracia se había dejado desguarnecida una loma y por ella pudo escaparse el resto de la columna enemiga, dejando el campo sembrado de cadáveres.

Indescriptible fue en Liberia la alegría al recibir el parte del combate. El Presidente Mora felicitó al ejército por medio de una patriótica proclama, ordenando al mismo tiempo la marcha hacia la frontera, que el enemigo pasó en desordenada fuga para ir a refugiarse en la ciudad nicaragüense de Rivas. Las tropas costarricenses acantonadas en la capital del Guanacaste partieron enseguida, cerrando la retaguardia el general Cañas.

Los días de descanso pasados en Liberia habían repuesto a los soldados de las penalidades sufridas en las primeras jornadas.

María, Juan y Blas se hallaban ahora con ánimos bastantes para emprender la fatigosa caminata que les aguardaba: los dos mozos siempre de excelente humor, tomaban parte en los jolgorios del campamento y más de una vez bailaron el *punto* y otras danzas de la tierra, al son de las guitarras de los sabaneros o gauchos costarricenses; no así María, que temerosa de ser reconocida, huía siempre de los lugares de más bullicio. Una observación que hizo Santamaría le preocupó bastante: advirtió que su amada evitaba pasar por el cuartel general y cuando por casualidad se encontraba con el general Cañas, palidecía y se calaba el sombrero hasta las cejas. Como le hiciera algunas alusiones a este respecto, la muchacha le contestó que pues el general iba a menudo a casa de su padrino don Manuel Gutiérrez, temía ella que alguna vez la hubiese visto allá y no era raro que pudiese recordar su fisonomía.

Cuando las últimas columnas del ejército libertador salieron de Liberia, cargadas con los regalos que los vecinos les hicieron, acompañándolas hasta las afueras de la ciudad, recomendó el *Erizo* a su camarada Blas que ni un momento se separara de María, pues ahora más que nunca iba a necesitar la atrevida niña del auxilio de sus amigos.

Se acabaron las poblaciones en donde eran recibidos en triunfo y agasajados como príncipes: a su paso iban a encontrar únicamente una que otra hacienda apartada y con escaso ganado, porque los dueños habían huido a los montes por temor al saqueo. Vastas planicies uniformes, monótonas y blanquecinas, arenales recalentados por el sol de Marzo, en donde no había ni una gota de agua para humedecer las reseca fauces ni un árbol para refrescar las ardorosas frentes.

Juan no apartaba durante la marcha los ojos de su linda compañera, temeroso de verla caer de un momento a otro, debilitada por el calor y el cansancio; pero la arrogante joven caminaba gallarda y animosa como siempre, y al llegar a la hacienda de Santa Rosa, en donde la retaguardia iba a pernoctar, su buen humor, devolvió la tranquilidad a sus acongojados amigos. Cada día que pasaba venía a añadir nuevo combustible a la hoguera que abrasaba el corazón del pobre *Erizo*: aquel amor platónico que desde su adolescencia había absorbido todas las potencias de su alma le había impedido consagrar su atención a otras mujeres, de suerte que en punto de psicología femenil era poco menos que un niño. Sin embargo, en achaques amorosos posee cada cual una ciencia intuitiva que le permite adivinar a veces los más recónditos sentimientos de los corazones.

Juan había comprendido que María no le amaba; agradecía sus atenciones y desvelos, eso sí, pero en sus ojos no brillaba esa luz intensa, de indescriptible expresión, que revela al más torpe que su amor es correspondido. ¡Y esa luz nunca brilló en los ojos de María! ¿Amaba, pues, a otro? ¿A alguno de la capital? ¿A un militar del ejército expedicionario? En vano Juan espío los movimientos, miradas y palabras de María y la correspondencia que periódicamente distribuía el sargento: ni ella escribía a nadie ni para ella llegaba carta alguna.



¡Qué deliciosa noche! La luna llena, suspendida en una bóveda de azul purísimo, tachonado de parpadeantes estrellas, permitía percibir a larga distancia los objetos hasta en sus menores detalles como a la luz del día. Sobre la hacienda de Santa Rosa extendía sus alas el Silencio y nadie habría pensado que pocos días antes aquel sitio había sido teatro de cruenta lucha.

De cuando en cuando lanzaba un toro su ronco mugido al que respondían balando los terneros encerrados en los corrales: de improviso dejaba oír el *guaco* su sonoro graznido, al que hacían concierto *los pijijes* desvelados y los distantes aullidos de los *congos* y *coyotes*. La casa y los establos proyectaban

sobre el suelo sombras de tinta china; y alrededor de las construcciones se alineaban las tiendas del ejército como garzas posadas en los bordes de un estanque.

Manténían en torno de la finca estricta vigilancia, pues en los bosques circundantes habían quedado filibusteros extraviados. A cosa de las tres de la madrugada tocó al narigudo Blas hacer centinela en la cerca de piedra que circunda la casa en donde descansaba el general Cañas.

El infeliz recluta, que no conocía más campos que los de su provincia, se encontraba ahora en medio de una naturaleza del todo diferente, en un país en el cual abundaban los caimanes, los insectos venenosos y las mortíferas serpientes. Las mil anécdotas de tigres y culebras de cascabel que había oído contar a sus camaradas, le tenían no menos nervioso que la noticia de haber aparecido en las inmediaciones algunas partidas de yanquis desesperados que de un momento a otro podían asaltar de nuevo la estancia que perdieron cobardemente.

Blas se encomendaba a todos los santos y mientras con la izquierda repasaba las cuentas de su rosario, con la diestra oprimía el guardamonte de su fusil cargado, que aún no había tenido ocasión de disparar.

De repente, a no muchos pasos, en un matorral, percibió un ruido de ramas secas quebradas que le hizo estremecer. Iba a dar el *¡quién vive!* cuando vio aparecer frente a frente un hombre gigantesco, con sombrero de fieltro, botas altas, y sable y pistola al cinto, No había como equivocarse.

¡Era un filibustero!

Blas soltó el fusil e iba a arrodillarse para pedir al forajido que no le matase, cuando vio que éste caía de hinojos, dejando en el suelo sus armas, levantando los brazos y gritando en inglés:

"¡I surrender! ¡Grace! "

Por el gesto, más que por las palabras, el recluta se dio cuenta de la situación y recogiendo el chopo lo disparó como pudo y desenvainando el cuchillo se precipitó sobre el extranjero, que no cesaba de repetir:

"¡Mercy mercy!"

Al disparo acudieron el sargento de guardia y varios soldados, quienes reconociendo al prisionero que Blas tenía sujeto de los hombros iban a fusilarle sin preámbulos, cuando apareció en la escena el general Cañas, quien después de cruzar algunas frases en inglés con el atribulado filibustero, ordenó que le llevasen al campamento y le diesen de

comer, porque el fugitivo hacía dos días que *no* probaba bocado.

El valiente Blas recibió las felicitaciones de sus jefes y compañeros por la captura del yanqui, y a poco vino a relevar a Blas su amigo Santamaría.

El general Cañas, a quien el calor no dejaba dormir, se tendió en una hamaca que había en el corredor de la casa.

El *Erizo*, a diez varas de distancia, se paseaba con el fusil al brazo, mirando de rato en rato al héroe que dormía tranquilamente, confiado en su vigilancia.

Apuntaban ya los primeros albores del día cuando se recostó Juan en la cerca de piedra para descansar un rato; mas cuando sus ojos comenzaban a cerrarse, oyó crujir la arena del sendero que conducía al corredor de la casa.

Creyendo que era otro filibustero extraviado iba a dar el *¡quién vive!*; pero al reconocer al furtivo visitante se le pegó la lengua al paladar y en su semblante se reflejó la mayor sorpresa. ¡Era María!

La joven se acercó a la hamaca, se cruzó de brazos y por largo rato permaneció en extática contemplación, como si el perfil romano del héroe dormido ejerciese sobre ella una fascinación irresistible.

juré no amar sino a un hombre capaz de grandes cosas: la fatalidad me hizo conocer en casa de mi padrino al general Cañas, y las leyendas que sobre su valor y generosidad me contaban contribuyeron a cegarme más.

-Pero el general es hombre casao y ya mayor, María.

-¿Y qué importa? No pretendo que me ame, ni jamás sabrá que le amo: vine a la guerra para que me mataran, para que una bala ponga fin a mi desventura.

-¡Conque es él, el que me roba tu cariño! ...
¡El!... Oh!

El infeliz *Erizo* se golpeó con los puños la cabeza, desesperado, loco, y llevó la diestra al puño de su cuchillo.

-¿Qué vas a hacer? -gritó María espantada.

-¡Voy a matarlo! -aulló Juan, luchando con María que le había asido del brazo.

A las voces que ambos daban despertó el general y levantándose de la hamaca salió al patio, diciendo serenamente:

-¿Qué ocurre?

María sollozaba y Juan, dominado por la mirada aquilina del general, dejó caer el cuchillo, murmurando con ronco acento:

-Mi general... perdón. Yo iba a matarlo... a usted... porque ella me ha confesao... que está loca por usted... y yo la quiero... la quiero más que a mi madre.

-¡Ella! Una mujer! -exclamó el general, contemplando con curiosidad a María, que había ocultado la cara entre las manos.

-Sí, es María Monterroso, la hija de don Pedro Monterroso, de Alajuela.

El general Cañas se acercó, y tomando entre las suyas las manos de la joven, dijo con el tono jovial y cariñoso que le era peculiar:

-¿Qué locura es ésa, hija mía? Este buen muchacho te adora, por lo visto. Cásate con él, y yo seré el padrino. Deja ese uniforme y sigue con nosotros como cantinera: si no aceptas, te mandaré a tu casa. Y tú -añadió dirigiéndose a Santa-
maría- mereces ser pasado por las armas por tus malas intenciones.

-Sí, general; que me fusilen... Es justo.

El guerrero se llevó a los labios un silbato, mientras María, anegada en lágrimas, murmuraba:

-Perdónele usted, general, se lo ruego por Dios.

Al llamamiento acudió un oficial seguido de varios soldados. Juan, con la cabeza inclinada sobre el pecho, esperó resignado su sentencia de muerte. María, anhelante y en actitud deprecativa, clavaba su mirada en el gesto del héroe, el cual, impassible, reservado y frío, dijo sencillamente al oficial:

-Releve usted a este centinela y haga que le sirvan a él y a su compañero un buen desayuno en el campamento.

VII

El 29 de marzo todo el ejército costarricense se encontraba en la frontera de Nicaragua, en marcha para la ciudad de Rivas, que había sido abandonada por los filibusteros.

¡Cuántas penalidades padecieron aquellos reclutas en los últimos días! Escasez de víveres, a veces falta absoluta de agua y de sombra en aquellas áridas llanuras en las cuales no se oía más ruido que los lejanos aullidos de los *congós* y los coyotes: todo lo sobrellevaron sin desaliento, movidos por uno de los resortes más potentes del corazón humano: el amor de la patria.

El narigudo Blas, que no cabía en su pellejo desde la captura del yanqui, -hazaña que adornaba con detalles dramáticos,- había abandonado su aire tímido y encogido para adoptar actitudes marciales y gestos de matón.

La constante melancolía de su amigo Juan le preocupaba mucho, sin lograr hacerle sonreír nunca, con sus bromas y ocurrencias.

La frente del *Erizo* parecía despejarse únicamente cuando María se acercaba a él solícita. Un gran cambio se había operado en la hermosa muchacha: desengañada sin duda por las frases que en Santa Rosa le dirigió el guerrero de quien se había prendado, parecía haber recobrado el juicio y como avergonzada de sus ridículas fantasías.

¿Hablase arrepentido de su dureza para aquel excelente mozo que no había cometido más pecado que adorarla, o era que en el fondo de su pecho renacía el amor que por él sintió en la adolescencia, cuando aún no se le habían subido a la cabeza los humos de las batallas y aventuras de los libros de su padre? Sea lo que fuere, era visible que un cambio favorable ocurría, y que otro hombre más experto en lides amorosas o menos preocupado por su pena no había desperdiciado tan propicia coyuntura para estrechar el cerco y rendir la plaza.

Consiguió María que el general Cañas la dejase continuar con su disfraz, tanto porque de ese modo iba más segura, como por no separarse de sus dos camaradas; y así en la última etapa del fatigoso viaje pudo devolver al pobre *Erizo* las atenciones de que él la había colmado anteriormente.

En la primera semana de Abril ocuparon las huestes costarricenses la ciudad de Rivas. El caudillo filibustero Walker había concentrado sus fuerzas en Granada y desde allí fraguó un hábil plan para sorprender la plaza ocupada por el enemigo: si todo salía tal como lo calculaba, caerían en su poder el Presidente Mora, su Estado Mayor y los almacenes de guerra.

En la mañana del 11 de Abril de 1856, cuando el ejército costarricense descansaba tranquilamente en Rivas, la plaza fue acometida de improviso por varios puntos a la vez. El audaz golpe de mano habría tenido el más completo éxito, a no mediar la feliz coincidencia de que el teniente Rojas al ver avanzar a la carrera una columna enemiga sobre el cuartel general, arrebató el fusil a un soldado y dio muerte al jefe filibustero Machado, cuyos soldados se desbandaron.

Rehechas de su sorpresa, las tropas costarricenses tomaron la ofensiva y lograron hacer retroceder al enemigo hasta la iglesia y las casas contiguas a

ella, en donde se fortificó inmediatamente. Había en la esquina de la plaza un gran edificio denominado el Mesón de Guerra, desde cuyas troneras y ventanas dirigían los norteamericanos incesante tiroteo contra los soldados de Mora y Cañas, causándoles numerosas bajas, sin que éstos pudiesen devolver el daño que recibían.

La situación se hizo intolerable. Era preciso desalojar a todo trance a los yanquis y para ello no había más medio que incendiar el Mesón. Cuando el general Cañas propuso esta idea a sus tropas, acercóse Juan Santamaría a su amada y con expresión radiante y los ojos encendidos por el entusiasmo le dijo en voz baja:

-Usted me dijo el otro día que sólo podría querer a uno que hiciera algo notable. Si yo lo hago ¿se acordará de mí?

-¿Qué vas a hacer? -exclamó ella inquieta.

En vez de contestar, él, en un arranque de pasión irresistible, la estrechó fuertemente entre sus brazos, y corriendo al encuentro de su jefe, gritó:

-Mi general, yo voy a pegar fuego al Mesón. Le encargo a mi madre... y también a ella, -añadió por lo bajo, señalando a María, que intensamente pálida parecía próxima a desmayarse.

Cañas le estrechó la mano y el *Erizo*, tomando la tea que sus camaradas habían preparado, cruzó a la carrera las calles bajo un diluvio de balas, llegó a la esquina del Mesón, aplicó la tea al alero y por un minuto permaneció inmóvil, impasible... De pronto dejó caer el mechón y su brazo derecho quedó inerte a lo largo del costado. Se lo habían destrozado de un balazo. Recogió con la mano izquierda la tea y continuó su obra salvadora. Las llamas empezaron a aparecer por entre las tejas. Los filibusteros espantados comenzaron a huir y en el momento en que las tropas costarricenses volaban a ocupar el edificio, vieron al intrépido soldado vacilar y caer sobre la acera, acribillado por el plomo enemigo. Ocurrió entonces una escena conmovedora. María, bañada en lágrimas, arrodillada al lado de Juan, levantó la cabeza del héroe espirante y depositó en su frente un largo beso que él pagó con su postrer sonrisa.



El 11 de Abril de 1891, cuando se inauguró en Alajuela el monumento destinado a perpetuar la memoria del oscuro soldado que con su sublime sacrificio evitó la destrucción de un ejército y quizás la futura absorción de las repúblicas latinas por una raza extranjera; cuando hubieron pasado los dis-

cursos oficiales y terminado los festejos: alejado ya el gentío, una anciana vestida de luto se detuvo delante de la estatua que contempló con los ojos humedecidos, y arrodillándose luego en las gradas del pedestal estuvo en oración hasta que la envolvieron las sombras de la noche. Antes de levantarse acercó sus labios al mármol y como postrer homenaje a la memoria del hombre que tanto la amó, depositó en la piedra un beso no menos apasionado que el otro con que treinta y cinco años antes selló en Rivas la frente del héroe moribundo.

ANEXOS

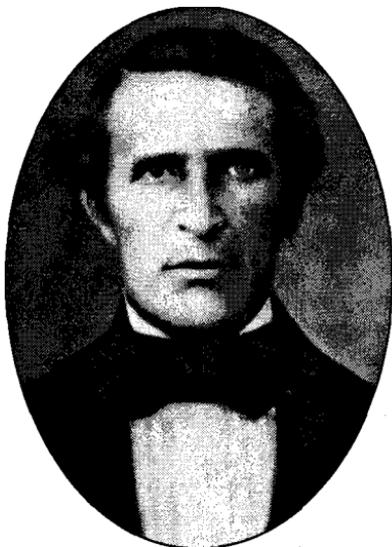
ANEXO I
Héroes de la Guerra Nacional



JOSÉ MARÍA CAÑAS

Retrato de Henry Etheridge
(Colección Museo Histórico
Cultural Juan Santamaría)

JOSÉ MARÍA CAÑAS: Nació en El Salvador, el 23 de setiembre de 1809. Hijo natural de Francisca Cañas. Hizo carrera de armas al lado de Francisco Morazán. Casó con Guadalupe Mora, hermana de Juan Rafael Mora. En Puntarenas ejerció el cargo de Administrador de Aduanas en 1844 y en 1847 intendente General del Estado. Ministro de Hacienda y Guerra en 1849. Gobernador y comandante de la provincia de Puntarenas en 1850, luego jefe de la comandancia de Armas y de la Gobernación de Moracia (Guanacaste). En el año 1856 fue nombrado comandante del ejército costarricense y dirigió las operaciones en la zona norte (río San Juan) contra los filibusteros. Acompañó a Juan Rafael Mora al destierro en 1859 y en el desembarco en Puntarenas, en 1860. Fue fusilado en ese mismo puerto, el 2 de octubre -después de Juan Rafael Mora- al fracasar la insurrección contra el gobierno de José María Montealegre.



**JOSÉ JOAQUÍN
MORA PORRAS**

**Retrato de Henry Etheridge
(Colección Museo Histórico
Cultural Juan Santamaría)**

JOSÉ JOAQUÍN MORA PORRAS: Comandante del ejército costarricense a partir del 8 de marzo de 1854. Más tarde el 4 de marzo de 1856 dirigió las tropas nacionales que marcharon hacia Nicaragua. Murió en El Salvador el 17 de diciembre de 1860.



**JUAN RAFAEL
MORA PORRAS**

**Retrato de Tomás Povedano
(Colección Museo Histórico
Cultural Juan Santamaría)**

JUAN RAFAEL MORA: Nació en San José, el 8 de febrero de 1814. Hijo de Camilo Mora Alvarado y Ana María Porras Ulloa. Como su padre, fue un hombre de comercio. Muy joven asumió las riendas de su hogar por la muerte de sus padres. El 7 de febrero de 1847 casóse con Inés Aguilar Coeto. El 13 de noviembre de ese mismo año fue electo Vicepresidente y Presidente en los años 1849-1853. Luego reelecto para un nuevo período en 1853. Durante su segundo mando, enfrentó el peligro del filibustero William Walker, nombrado presidente de Nicaragua. Dirigió con éxito la guerra nacional contra el filibusterismo. Nombró a su hermano José Joaquín Mora al mando de la vanguardia del ejército costarricense atacando a los filibusteros en Santa Rosa. En el cuartel de Liberia dejó al General José María Cañas. Después del triunfo se reeligió, por tercera ocasión, en el año 1859; pero un golpe militar lo desalojó del poder, el 14 de agosto de ese mismo año. Se exilió en El Salvador y luego en Estados Unidos. Alentado por sus partidarios, desembarcó el 17 de setiembre de 1860 en Puntarenas con su hermano José Joaquín Mora y su cuñado José María Cañas, ambos héroes de la Guerra nacional. El gobierno de José María Montealegre los derrotó en la batalla de la Angostura siendo fusilados él y sus compañeros, el 30 de setiembre de 1860.



JUAN SANTAMARÍA

Detalle de la estatua erigida en Alajuela, 1891
de A. Durenne

JUAN SANTAMARÍA: Héroe nacional en la guerra contra los filibusteros. Hijo natural de Manuela Carvajal Santamaría conocida con el nombre de Manuela Gayego, nació en Alajuela el 29 de agosto de 1831. A la edad de diez años, ingresó en el cuartel de armas aprendiendo a tocar el tambor. Mozalbete travieso y servicial, gozaba de fama en su pueblo natal. En su infancia y juventud, ganó la vida como jornalero e hizo de ayudante de albañil. Fue sacristán de la iglesia de Alajuela, también sirviente de casa. Sus amigos lo motejaban "El Erizo". En ocasión de la campaña nacional contra los filibusteros, Juan Santamaría ingresó en las tropas de su provincia natal comandadas por el coronel Manuel G. del Bosque emprendiendo el viaje el 4 de marzo de 1856. En Rivas, durante la segunda batalla, el General José María Cañas dispuso incendiar el Mesón en donde se alojaban los filibusteros. Después de varios intentos, aceptó él realizar esa misión logrando hacer arder el edificio, pero cayó herido mortalmente por las balas enemigas. En honor a su gesta, se erigió la estatua que lleva su nombre en Alajuela inaugurada el 15 de setiembre de 1891.



WILLIAM WALKER

Óleo de Francisco Valiente.
(Colección Museo Histórico
Cultural Juan Santamaría)

WILLIAM WALKER: Nació en Nashville, Estados Unidos, el 8 de mayo de 1824. Hijo de un banquero escosés y una dama de Kentucky. Estudió medicina, leyes y periodismo, luego filosofía en Francia. Fue redactor en el *Crescent*, periódico de Nueva Orleans. Llegó a Nicaragua invitado por el General Castellón en una misión temporal, el 16 de junio de 1855. Fue electo presidente de Nicaragua. Concibió la idea de dominar a las repúblicas centroamericanas con el fin de establecer la esclavitud y anexarlas a los estados esclavistas del Sur de Estados Unidos. Estas pretensiones dieron lugar a la guerra contra los filibusteros llamada Campaña Nacional dirigida con éxito por el Presidente costarricense Juan Rafael Mora. Invadió Costa Rica ocupando la hacienda Santa Rosa siendo desalojado de ella en la primera batalla del ejército costarricense; luego fue derrotado en Rivas, después de la quema del Mesón por Juan Santamaría, en donde se hallaba parapetado con sus soldados.

La Quema del Mesón

Óleo de Enrique Echandi, 1896

(Colección Museo Histórico Cultural Juan Santamaría)

LA QUEMA DEL MESÓN: Óleo del pintor costarricense Enrique Echandi alegórico a la gesta de Juan Santamaría en Rivas, Nicaragua, en 1856. Pintura muy criticada en su tiempo; pero considerada hoy una obra clásica de la plástica costarricense.

NOTICIA SOBRE EL AUTOR

CARLOS GAGINI nació en San José de Costa Rica, el 15 de mayo de 1865. Muere el 31 de marzo de 1925. Fue hijo de padre suizo, Pedro Gagini Traversa, y de madre costarricense, Emerenciana Chavarría. Obtuvo su bachillerato en el Instituto Nacional en el año 1881. Profesor en el Liceo de Costa Rica, en 1887 y posteriormente Director en 1895. Contrae matrimonio con Ana María Mora Cañas en 1890. Dirigió el Instituto de Alajuela (1892). Autor del segundo libro de cuentos publicado en Costa Rica, *Chamarasca* (1898), sólo precedido por el de Ricardo Fernández Guardia (*Hojarasca*, 1894), con quien polemizó en torno a la existencia de una literatura costarricense. Viaja a España en 1900, París y Nueva York. Más tarde dirige el Colegio de Santa Ana en El Salvador (1904-1908). Subsecretario de Instrucción Pública en Costa Rica en 1908. Tuvo a su cargo la dirección del Liceo de Heredia entre 1909-1914. También dirigió la Biblioteca Nacional en los años 1915-1917 y la Imprenta Nacional al año siguiente. En 1918 desempeñó el puesto de Director de la Escuela Normal de Costa Rica sustituyendo a García Monge a quien criticó e hizo divulgar documentos queriendo enlodar su gestión.

Defendió la tesis nacionalista frente a los exotistas o europeístas criollos. Aun cuando utilizó el tema nacional en sus cuentos no aparece el lenguaje popular. Fue un nacionalista a medias. Perteneció a la primera generación de escritores costarricenses, los precursores de nuestra literatura, conocida en Costa Rica como generación del "Olimpo"; autores que desde posiciones conservadoras contribuyeron con la cultura y la literatura nacionales. Cultivó diversos géneros literarios. Fue el primer filólogo, estudioso de las lenguas indígenas y del lenguaje vernáculo costarricense, autor del *Diccionario de Barbarismos y provincialismos de Costa Rica* en 1892. Escribió poesía en su juventud y aparece en la primera antología de la lírica nuestra en *Lira Costarricense* de 1890 de Máximo Fernández Alvarado. Publicó dos volúmenes de cuentos, *Chamarasca*, 1898 y *Cuentos grises*, 1918. Tres novelas, *El árbol enfermo*, 1918, *La caída del águila*, 1920 y *La Sirena*, 1920; y la novela histórica *El Eriçó*, en 1922, además de varias obras dramáticas y libros de texto y estudio. La Editorial Costa Rica editó sus memorias, *Al través de mi vida* (1961) en su colección "Biblioteca de Autores Costarricenses". También publicó su *Teatro* (1963), en la misma colección literaria. En ese mismo año, reunió sus *Cuentos* en la Colección popular.

OTRAS OBRAS DE CARLOS GAGINI

Chamarasca. [cuentos.] San José de Costa Rica, Imprenta y Librería Española María v. de Lines, 1898.

El Márquez de Talamanca, Los Pretendientes, Don Concepción. [teatro.] Santa Ana, El Salvador, Imprenta de A.E. Delgado, 1905.

A París. Novelita de costumbres. *Páginas Ilustradas*, San José, Imprenta del Comercio, 1910, Nros. 239-240.

Cuentos grises. San José, Costa Rica, Editorial Falcó y Borrásé, 1918.

El árbol enfermo. Esbozo de novela costarricense. San José, C.R. Imprenta Trejos Hermanos, 1918.

La caída del águila. [novela.] San José, C.R. Imprenta Trejos Hermanos, 1920.

La Sirena. [novela.] San José, C.R. Imprenta Trejos Hermanos, 1920.

Obras póstumas

Vagamunderías. Versos. San José, C.R. Imprenta Trejos Hermanos, 1925.

Al través de mi vida. [memorias.] San José, C.R. Editorial Costa Rica, 1961.

Teatro. San José, Editorial Costa Rica, 1963.

Cuentos, San José, Editorial Costa Rica, 1963. Colección Popular.

CONTENIDO

<i>PRÓLOGO</i>	VII
EL ERIZO	XVII
ANEXOS	41
<i>Héroes de la Guerra Nacional</i>	43
<i>La Quema del Mesón</i>	48



EL ERIZO –NOVELA HISTÓRICA–
se terminó de imprimir en el mes de julio del 2006,
en los talleres gráficos de la editorial EUNED

Su edición consta de 500 ejemplares
impresos en papel cultural 75 gramos,
por medio de impresión digital,
con forro de cartulina barnizable
y acabados en barniz ultravioleta.

Estuvo al cuidado
de la Dirección Editorial de la UNED.

Propuesta gráfica de la colección
y artes finales:

Carlos Fco. Zamora-Murillo

Corrección de pruebas:

Juan Durán Luzio y el editor

Corrección de artes finales:

Huberth Gómez Sanabria

Coordinación de producción editorial:

Daniel Villalobos Gamboa

Imposición digital:

Ándrea Salazar Mesén



MIS VERSOS

Justo A. Facio

TERRACOTAS

Rafael A. Troyo

EL LIBRO DE LOS POBRES

Guillermo Vargas Calvo y Rafael Villegas Arango

VIDA Y VERDAD

Joaquín García Monge y Roberto Brenes Mesén

ISBN 9968-31-417-X



9 789968 314176



EUNED
EDITORIAL
UNIVERSIDAD
ESTATAL
A DISTANCIA